

ratura. Las separó la vida, las unirá la literatura, y ya no serán los cuentos de la infancia hacia exóticos territorios, ni los patrones de novelas góticas o de caballerías, sino una transcripción de los mismos a través de lo que les está pasando. Porque ¿qué es verse atrapada en un castillo del que resulta imposible salir, sino Raimundo y Eduardo? Porque ¿qué diferencia hay entre tomar un trasatlántico para no volver nunca al continente, y coger un tren en Atocha hacia Puerto Real, dejando una agenda de consultas o un marido que es una auténtica engañifa?: «en el fondo soñábamos con lo que nos está pasando» (pág. 59). En el fondo soñaban con hacer frente a barcos que se hundan, con echar a correr como Cenicienta, con vivir la vida como un tango. Soñaban, como el primer antihéroe de la novela, con ser literatura: he aquí un primer apunte de un discurso irónico.

Regresar a la infancia pero de otro modo, será el reencuentro futuro, reencuentro con el único interlocutor válido: Sofía/Mariana y viceversa, la palabra escrita, el texto como pretexto para la compañía. Luego, el tiempo literario no es sólo el de la expiación frente a la culpa de la vida, es también el de la compañía frente a la soledad, el lugar en el que siempre tendremos una cita por nostalgia de la continuidad perdida.

2) Y si la literatura es el lugar en que siempre tendremos una cita, entramos ya en el pacto lector, un pacto lúdico y cómplice si atendemos a la enunciación y al enunciado. Asistimos no sólo a la escritura haciéndose, sino a los propios prolegómenos de cómo empezarla (el punto de partida del relato autobiográfico es siempre arbitrario). Asistimos a una novela no escrita, que se está escribiendo con nuestra lectura, porque la novela se confecciona en el epílogo, una vez leída, una vez producido el encuentro entre la narración y su lectura, entre Sofía y Mariana, o la viceversa de la interlocución mutua (la autobiografía supone necesariamente una doble construcción del yo). La oreja del otro firma por mí, me dice, constituye mi yo autobiográfico; el paso necesario de la firma y la escritura del yo a través de la oreja del otro, convierte lo autobiográfico en heterobiográfico: «Delegas en otro para que te cuente lo que te pasa, y ese otro, que también eres tú, lo mira todo desde fuera» (pág. 197).

Viceversa que nos incluye en cuanto lectores cómplices de todos los cuentos leídos e inventados para entre-

tener la espera del encuentro (he aquí un segundo apunte de un discurso irónico). *Nubosidad variable* es también una novela de lectores implícitos y cómplices, dispuestos a actualizar la relación que guarda el argumento de un mensaje con la situación del que lo escribe. La retórica de los prolegómenos de la novela: carta y diario están propiciando un lector partícipe que refrende el pacto autobiográfico, ya que son resultado de aquello que sólo pudo decirse a una persona determinada y en una determinada situación. ¿Y cómo no aceptar la vecindad, cuando salen nuestras voces amuralladas, cuando estamos tan acostumbrados a fingir y defendernos? ¿Cómo no echarle cuento al cuento de la soledad —cuando tan bien nos lo sabemos—, al cuento del *coup de foudre* entre almas gemelas? ¿Y cómo no pactar con la enunciación, si todo libro nace siempre de un libro roto, si contar una historia es perderla en su perenne variación, si el pulso de lo cotidiano es lo más difícil de percibir y de transmitir luego con palabras?

Quiero destacar cómo la enunciación gira siempre alrededor de la metáfora de la costura: enhebrar y perder el hilo. Nuestras narradoras están continuamente perdiendo el hilo, lo pierden pero lo recuperan, divagan pero no se esfuman en la delicuescencia verbal. Metáforas de un discurso circunvalatorio que muchos críticos han caracterizado como propio de *lo femenino*, en cuanto que el hombre tiende a perderse en la subjetividad, a coser sin hilo, a divagar para no reencontrarse. Arenas move-dizas en las que es muy fácil hundirse, porque nos negamos a aceptar que feminidad y masculinidad sean esencias estables e invariables, y por tanto rechazamos al respecto cualquier posición binaria. Aunque sí podamos subrayar la especificidad del *enfoque*. *Nubosidad variable* es un discurso lleno de guiños: 1) Destaco el tono llano y cómplice de charla entre dos mujeres que a través del rescate literario de una parte de su juventud hablan de sus hombres, musas y engañifas. 2) Las narradoras pueden relatar su vida precisamente porque son capaces de no aceptar los patrones de identificación que le tocaban en suerte. Sofía y Mariana, nuevas mujeres insatisfechas, nuevas Emma Bovary y Ana Ozores, asaltadas por la misma tentación en que ellas habían caído de contarse su vida como una novela, único recurso al que podían agarrarse para hacerle frente y aguantarla. 3) Tampoco se nos escapa el guiño de las cartas y dia-

rios como orígenes de la prosa de mujeres, como tentativas literarias de nuestras narradoras que desean ser nuevas heroínas románticas, caracterizadas por el arrebatado y el estado de trance que empuja a escribir de un tirón. Narradoras a las que les gusta escribir bajo los efectos narcóticos de la luna, con la mirada Mansfield perdida en lo invisible, y para quienes la creación literaria es un sucedáneo de los amores fallidos. Subráyense los patrones de cuentos de hadas y novela policíaca en *Sofía y Mariana*, respectivamente, así como las continuas referencias a *Cumbres borrascosas*.

Pero nuestra novela es por encima de todo la crónica de unos vínculos ya inservibles, un ajuste de cuentas con el tiempo, con el dibujo cambiante de las nubes, expresión de todas las fluctuaciones imprevisibles en torno al amor y la soledad, convertidas en literatura.

José Teruel

Una segunda existencia

Por voluntad y por naturaleza, la voz de Hugo Gutiérrez Vega (Guadalajara, 1934) se inscribe en la estirpe

de los poetas que verbalizan directa o casi directamente la experiencia humana. Él mismo ha señalado, en una charla reciente con José María Espinasa, que «el poema es consecuencia de una experiencia vivida, y trata de comunicarla». No debemos inferir de esto que el poema se desmorona cuando la vida, su causa eficiente, deja de comportar fluidez o consistencia; no debemos, tampoco, suponer que el texto reposa en lo anecdótico, lo puramente biográfico. El caso particular de la obra de Gutiérrez Vega demuestra que el instante poético bien puede acompañar al instante vital; acompañarlo, no parasitar de su influjo ni obedecerlo ciegamente. Con el tiempo, con el paso del tiempo —sin duda la preocupación y el motivo central de las páginas que ha escrito el poeta, ensayista y diplomático tapatío—, la suma de los instantes poéticos revela su potencia de vida alternativa, de experiencia que supera en inmediatez a la infancia, a los primeros sentimientos, a los recuerdos que se creían fundacionales. El Libro, encabezado por una *e* mayúscula que forjó Mallarmé, es la bitácora de esa vida otra.

El Libro de Gutiérrez Vega se divide, a la fecha, en *Las peregrinaciones del deseo* (1987) y las *Nuevas peregrinaciones* que ha puesto a circular la Secretaría de Cultura de Jalisco. Capítulos de una sola historia, o historias separadas que se complementan y al mismo tiempo se excluyen, ambos tomos participan de la sobresaltada y visceral «vida de un hombre» (adioses, descubrimientos, pérdidas, exilios, contactos, aprendizajes, desencuentros, emociones, victorias), de un hombre, apuntaba, que repetiría con gusto aquellas líneas de Sebastián Salazar Bondy:

Pertenezco a una raza sentimental,
a una patria fatigada por sus penas,
a una tierra cuyas flores culminan al amanecer,
pero amo mis desventuras,
tengo mi orgullo, doy vivas a la vida bajo este cielo mortal
y soy como una nave que avanza hacia una isla de fuego.

Porque, a la sombra de los templos griegos o en las playas brasileñas, atravesando con la vista una ventana praguense o descansando en la campiña rumana, Gutiérrez Vega tiene bien claro su sentido de la pertenencia: el hombre guarda su patria en la mujer, los amigos, el idioma. Patria de muelles y aeropuertos, de libros y mascotas errantes (como ese «gatito español» que vio la nieve de Washington, los crepúsculos de Querétaro y las noches

ardientes de Río de Janeiro); patria soñada en blanco y negro, donde se puede negar el infortunio, esquivar la tristeza. Si no existiera ese país, parece preguntarnos Gutiérrez Vega, ¿dónde germinaría la palabra?

Nuevas peregrinaciones comienza con trece poemas de *Georgetown Blues* (1986) que no tuvieron sitio en las primeras *Peregrinaciones*; incluye a continuación tres poemas que no desconocerá un lector habitual de Gutiérrez Vega: *Andar en Brasil*, *Los soles griegos* y *Cantos del despotado de Morea*; y cierra de modo inmejorable con tres series inéditas: *Ausentes*, *Pensando en Musil* y *Suite de Praga* y otros poemas. Esto no significa, sin embargo, que *Nuevas peregrinaciones* sea una mera compilación, un catálogo de textos diversos o francamente heteróclitos. Hay en este libro recurrencias, ecos, frases que son lanzadas al aire y aterrizan donde menos se las esperaba. Es el caso, por ejemplo, de los primeros versos del primer poema:

En el arco impecable del mediodía que crece
y pronto cae en los brazos de la tarde,

que se desdoblán con puntual belleza en las últimas líneas del poema final:

Así los días eran un arco perfecto
y nuestra vida se iluminaba
con las amanecidas
y los crepúsculos.

Recurrencias, ecos, frases que hacen pensar en un material orgánico, en un todo que la realidad externa y el diálogo interno respaldan.

Como Borges, Gutiérrez Vega ha comprendido que «con nosotros desaparecerá una visión del mundo». Con nosotros morirán quizá los últimos dedos que acariciaron un pelaje, los últimos ojos que vieron una comedia de los años treinta. «¿Qué morirá conmigo cuando yo muera?», se preguntaba el *hacedor* argentino, «¿qué forma patética o deleznable perderá el mundo?». Y en las *Nuevas peregrinaciones* encontramos otros ejemplos de esta pérdida general e irremediable: dos poemas de *Andar en Brasil* aparecen dedicados, respectivamente, a Manuel Puig y a Antonio González de León; ambos han muerto al llegar las páginas finales, y hay para ambos una oración de despedida. El Libro es otra vida, es el registro de un tiempo que fluye, que arrastra en su camino a los hombres y a los objetos.

«Vive con tus poemas antes de escribirlos»: he aquí una de las más altas recomendaciones del brasileño Carlos Drummond de Andrade. Siguiendo ese dictado, y retocándolo secretamente, Hugo Gutiérrez Vega ha decidido vivir con sus poemas antes y después de escribirlos. Antes y después: durante la escritura. El Libro es el Poema, y el poema es la vida alternativa que nos amamanta y nos encubre, nos da una memoria y nos descubre*.

Luis Vicente de Aguinaga

La conquista (racionalmente) explicada

Hecho social sin precedentes, aventura humana casi impredecible, historia de hombres y de conciencias en

* Hugo Gutiérrez Vega, *Nuevas peregrinaciones* (Poesía, 1986-1993). Secretaría de Cultura de Jalisco, colección *Escritura en Marcha*, Guadalajara, 1994, 270 páginas.